

# 31 AÑOS DE EDUCACIÓN AMBIENTAL: DE LA DOCUMENTACIÓN DE ANGUSTIAS AL NECIO COMBATE

---

**Francisco Javier Reyes Ruiz**

*Octubre 2013*

Este artículo forma parte del libro "Visiones Iberoamericanas de la Educación Ambiental en México. Memorias del Foro Tbilisi + 31" Shafía Súcar Súccar, coord. 2011

**Francisco Javier Reyes Ruiz**

Profesor de la Maestría en Educación Ambiental de la Universidad de Guadalajara, México

Esta publicación no hace necesariamente suyas las opiniones y criterios expresados por sus colaboradores. Queda autorizada la reproducción de este artículo, siempre que se cite la fuente, quedando excluida la realización de obras derivadas de él y la explotación comercial de cualquier tipo.

El CENEAM no se responsabiliza del uso que pueda hacerse en contra de los derechos de autor protegidos por la ley.

El Boletín Carpeta Informativa del CENEAM, en el que se incluye este artículo, se encuentra bajo una Licencia [Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0](#)

## RESUMEN

La Conferencia internacional sobre educación ambiental realizada en Tbilisi puede percibirse de manera contrastante; por un lado, se considera como un evento fundamental por su relevancia y aportes en la historia de la educación ambiental, por otro, es la muestra de cómo la manera de entender un término llega a imponerse desde los gobiernos y los organismos internacionales sin darle suficiente cabida a posturas teóricas y políticas de movimientos y pensadores críticos frente a los modelos predominantes de desarrollo económico. Pero más allá de apuntar este contraste, en este artículo se identifican y analizan algunas de las estrategias planteadas en Tbilisi para lograr el proceso de consolidación de la educación ambiental tanto a nivel nacional como internacional y, a partir de este reconocimiento, señalar algunos elementos generales que permitan evaluar los avances y pendientes al respecto.

## 1. MAGIA FUNDACIONAL

Placenta y linaje, la Conferencia de Tbilisi proyecta esa magia (y toda magia tiene mucho de ilusión) de los momentos fundacionales de la esperanza. Posee un pulso magnético que nos atrae con frecuencia. Tbilisi se convirtió, por extrañas razones, en palabra memorable, cuya fuerza se mantiene a pesar de ese desintegrador de huellas que es el tiempo. Así, Tbilisi sigue hoy, a 31 años, contribuyendo no sólo a la discusión, sino a trazar itinerarios. Desde entonces, independientemente de cualquier balance, nos ha crecido la memoria, se nos ha definido el rostro y escudriñamos la realidad con ojos más extensos.

Archipiélago de propuestas, el Informe Final estimuló energías afirmativas que han ayudado a no quedarnos parados en el limbo de la pasividad y la amargura. Nos ha permitido dejar de rumiar los males y ensayar antidotos frente al seductor remolino civilizatorio. Parte de su mérito es que estuvo lejos de ser juglar de catástrofes o heraldo de pesadillas; no invadió el imaginario social con infiernos ecológicos ni propagó nuevos mapas del desamparo universal. Tampoco prometió, y eso no es ventaja menor, que con la educación ambiental se puede arribar a sociedades de tarjeta postal o a una colección de espejismos inútilmente idílicos.

La citada Conferencia se escapó de quedar aterida en el intersticio cómodo que hay entre la vacilación y la angustia. Tuvo en su momento la virtud de mostrar que la educación ambiental había sido casi muda, antes de los años setenta, no por ausencia de ideas ni por carecer de un incipiente edificio de pensamientos propios, sino debido a la falta de tribunas y de reflectores. Tbilisi es un parteaguas que nos da sentido, pero también sentimiento de pertenencia y nos permite palpar, como educadores ambientales, esas raíces invisibles y reales, desde las cuales venimos creciendo.

Una de las importantes cualidades de Tbilisi es que, me parece, planteó que la educación ambiental debe ser mucho más que una etapa de la historia de la pedagogía; que por encima de ello, sus principios deben convertirse en elementos constitutivos de la condición humana y no quedar sólo como una práctica curricular. Es decir, propone, de manera implícita, que la frontera no es el aparato certificador de la burocracia escolar, sino la vida misma; por la rotunda razón de que esta última es más grande y vasta y es a ella, finalmente, a la que debe rendirle cuentas la educación.

## 2. LAZARILLO MIOPE

Pero, francamente, Tbilisi no representa una lectura valiente de la realidad de la década de los setenta. Es, por decir lo menos, un lazarillo miope al que no se puede fiar una corriente educativa. En la ambigüedad de su postura crítica reside su estrategia esquiva, por eso su contenido cabalga poco en palabras erguidas y desafiantes. Como si el poder fuera mudo y anónimo, los resultados de Tbilisi no lo discuten; tampoco le sostienen la mirada. Su discurso carece de incrustaciones brillantes de corrosividad. No denuncia la tiranía de una racionalidad económica generosa en la distribución de afrentas y miserias, y en la elaboración de insaciables y feroces cálculos.

Tampoco explicita la coerción embozada que humilla la dignidad de un importante porcentaje de la humanidad. De hecho, ni siquiera invita a los educadores ambientales a conocer los patios interiores de la injusticia, sólo sugiere, y de manera pusilánime, ablandar el núcleo duro de lo que ya vivimos.

Visto a contraluz, el Informe Final de Tbilisi permite percibir lo mucho que esconde; por él no corre la sangre de la indignación. En los setenta, irrumpe un neoliberalismo de agresivo filo omnidireccional, que pretende convertirse pronto en el inevitable rumbo, e imponer la idea de que, en términos del modelo económico, el presente será perpetuo; ingenuidad que hoy, frente a la profunda crisis financiera que se avecina, resultaría absurda si no tuviera tintes de marcado dramatismo social para miles de millones de personas.



Tbilisi no denuncia lo anterior, pues ocupó su oportunidad en desplegar un enjambre misceláneo, una estantería torrencial de recomendaciones incapaces de conspirar contra un mundo sombrío. Y, entonces, sus propuestas se supeditan a lo políticamente posible; para ello se atrinchera en los terrenos de la viabilidad institucional, que es la forma más efectiva de robarle haciendas a la crítica.

Por lo tanto, termina fincando fronteras rígidas a cualquier frescura discursiva y a todo intento de radicalidad social. El Informe Final en casi 60 abigarradas páginas sólo hace una mención colateral a la crisis de civilización y tres veces a la necesidad de que la educación asuma y promueva un sentido crítico.

Ahora bien, sería ingenuo pedir que una Conferencia intergubernamental escape de emitir documentos falsamente ingenuos. Los grandes eventos plantean la necesidad de exorcizar todos los males, cuidándose de no apuntar hacia donde está el origen de los mismos. Nadie espera leer ahí sorpresas revolucionarias, sabemos que tales documentos, acostumbran presentar, con artificio y sutileza, propuestas que terminan alimentando la burocratización en la atención a los problemas, la centralización en las decisiones y una institucionalidad acartonada llena de protocolos, altos funcionarios y famélicas sustancias.

En su tibieza, la Conferencia de Tbilisi no refleja la indignación internacional que tuvo uno de los ejemplos más emblemáticos en el caso de Minamata, Japón, cuando en 1973, 460 toneladas de silenciosos y violentos contaminantes ahogaron en veneno a los peces, provocaron danzas macabras y mortales en los gatos y las ratas, torturaron cuervos, dejaron más de 100 personas muertas y un largo desfile de ciegos y lisiados. Al leer el informe final de Tbilisi, uno se pregunta dónde quedó la furia ciudadana que se negaba desde entonces a pagarle tributos al infierno; que se empezaba a avergonzar por un planeta sucio de rapiña y dominado por una maquinaria agazapada que patrocina horas de laboriosidad enfermiza y una compulsión por depredar hasta la eternidad.

La Conferencia también compartió década con mejores acontecimientos: el surgimiento de Greenpeace y su espíritu desenfadado que los ha llevado a ser bufones por sus atavíos y héroes por su combatividad; coincidió, entre otros muchos eventos que ya han sido documentados por varios autores, con uno que me interesa resaltar: la publicación del Manifiesto Subnormal de Vázquez Montalbán, que denunciaba la justificada exasperación universal por la vana palabrería marxista y por la hueca locuacidad liberal, producto de ese, diría Cioran, espermatozoide verboso que es el humano. Este libro refleja el temor creciente en toda alternativa social de los años setenta, entre ellas el ambientalismo, de convertirse en un temprano escombros de elucubraciones inútiles.

Tbilisi comparte también la misma década con la instauración de esa plurifuncional pantomima llamada "Día de la Tierra", tan característica y propia de la mercadotecnia verde; celebración que ha ido convirtiéndose en una alcancía de rituales somníferos y en un escaparate para acciones de muy dudosa trascendencia. ¿Una muestra? Este año en nuestro país ese fue el día, seleccionado desde el marketing político, para "hacer historia" reforestando hasta las mesas de billar. No sé si les pase lo mismo, pero en este sexenio escucho el término "ambiental" y corro por mi pala para reforestar. Cabe recordar ese cáustico poema de Riechmann en el que nos advierte que cuando los poderosos deciden hacer historia, los demás la sufren.

La Conferencia en alusión, también es contemporánea del primer partido verde, producto en ese momento de un comprensible, y a veces plausible, pragmatismo político; pero que dio pauta para parir engendros como el que vergonzantemente tenemos en México. Un partido que con un oportunismo ramplón promueve ahora la aprobación de la pena de muerte en un país en el que nadie confía en la policía y con un sistema judicial con creatividad tan desbordante que no sería difícil ver en el patíbulo a un ambientalista por secuestrarle la motosierra a un inocente narcopolítico que tenga como hobby talar montes.

En síntesis, dos flaquezas mayores le encuentro a Tbilisi. La primera es que posee un débil poder de cuestionamiento y carece de la fuerza de la indignación. Y cuando las interrogantes sustantivas son colonizadas por el poder mayor, entonces asumen tintes tecnocráticos que remiten todo a los qué y a los cómo epidérmicos y rehúyen las causas de fondo.

La segunda debilidad es que Tbilisi no contagia la alegría por educar; y la educación, me parece, debe ser un alegre estado si no del alma, por lo menos del ánimo. Después de leer y releer el Informe Final y la Declaratoria a uno se le antoja ser masajista agente de tránsito, o como diría Henry Miller, gigoló si tuviera con qué, pero no educador ambiental. El texto espeso y el lenguaje solemne del Informe Final y de la Declaratoria son un antídoto contra el entusiasmo.



En fin, cuando son precarias la alegría y la indignación, los procesos educativos, me parece, se convierten en un inminente cementerio de intentos, en un eterno desfile robotizado de proyectos para enseñarle a la gente a separar residuos sólidos.

### 3. ESTRATEGIAS PLANTEADAS EN TBILISI

Tenemos enfrente una interrogante que no podemos eludir: "¿dónde estamos a 31 años de Tbilisi, cuál es nuestra posición?" Ojalá hubiera un GPS que nos ubicara en el punto exacto que pisamos. Pero no existe, porque para empezar no hay una sola trayectoria, y como no hay principios ni finales claros, y hasta el mapa tiene trazos tenues, interrogarnos sobre dónde estamos suena, con frecuencia, a pregunta capciosa.

Sin embargo, en una especie de ejercicio de exegesis aventurera (en el sentido de interpretación arriesgada y para nada de explicación de un texto sagrado), me atrevo a afirmar una temeridad: es posible ubicar en los documentos de Tbilisi tres estrategias propuestas para el desarrollo y maduración de la educación ambiental y una meta final.

- Estrategia 1: Preparar el campo.
- Estrategia 2: Explorar y expandir la educación ambiental.
- Estrategia 3: Institucionalización y generación de políticas.
- Meta general: Contar con una extendida cultura ambiental.

Cada una de estas estrategias es motivo de amplia documentación y debate, sin embargo, a continuación se plantean algunas ideas que me parecen relevantes.

#### 3.1. ESTRATEGIA 1: PREPARAR EL CAMPO

Es indudable que en los últimos 31 años, en el país, se ha hecho una amplia propagación de conceptos e información sobre el deterioro de los ecosistemas, y con ello se ha logrado que los problemas ambientales sean una parte del corazón discursivo de la época. Numerosos políticos, académicos, tomadores de decisiones, educadores, funcionarios, periodistas, empresarios han hecho de lo ambiental un tema (con ello no estoy afirmando que lo ambiental se haya convertido en un eje transversal, ni en una dimensión, ni en un enfoque, ni mucho menos en un compromiso, sólo en un tema). Con ello podríamos decir que este inciso a) de la estrategia no queda tan mal parado porque la propagación, mal que bien, se ha dado.

En este contexto, no resulta nada despreciable el firme esfuerzo para sustentar dicha propagación en fundamentos científicos sobre el ambiente. Los datos duros han sido claves para convencer que el deterioro es mucho más que una campaña de mala prensa contra el modelo urbano-industrial (con ello no estoy diciendo que la ciencia nos está salvando de la crisis ambiental, sólo que su información es insustituible para sacudir cerebros).

Con respecto al inciso b) la formación de educadores ambientales, podemos reconocer que se ha propiciado el incremento en el interés entre la gente por formarse como educadores ambientales. Esto ha permitido que la oferta formativa se haya ensanchado en las últimas décadas, especialmente a partir de los noventa, lo que ha conducido a que haya, no sólo una práctica más amplia, sino también más cualificada. No puede desconocerse que la oferta está concentrada en el centro del país y que no ha logrado que los educadores formados se inserten con amplitud en la estructura laboral. De hecho cada egresado de un proceso formativo en educación ambiental es un desempleado potencial.

Que se haya logrado que sectores claves de la sociedad acepten la grave situación ambiental y que se haya incrementado el número de educadores ambientales y de los espacios para formarlos, pierden parte importante de su significado y mérito porque ha predominado un discurso, salvo en ciertos sectores académicos y ONG, en el que prevalecen las explicaciones fundadas en causas intermedias y no en las de fondo. La sobrepoblación, la incompetencia política, el consumismo, las deficiencias educativas son explicaciones hechas de cristales empañados que no dejan ver al tigre que está detrás, al cual si le quitamos o le ponemos rayas no deja de llamarse igual: capitalismo. Capitalismo que hoy, como nos dice Vicente Verdú, no está aquí para avasallar, sino para hacer amigos, que lo pronuncien poco y lo cuestionen menos.

Más preocupación ambiental, más educadores y educadoras, más oferta de formación no resolverán el problema central si permanece un eclipse ideológico que no deja ver lo que hay detrás.



### 3.2. ESTRATEGIA 2: EXPLORACIÓN Y EXPANSIÓN DEL CAMPO

Esta estrategia implica la indagación amplia de teorías, proyectos, métodos, enfoques, contenidos, materiales y dinámicas para generar propuestas sugerentes en cada modalidad educativa.

Esta ha sido una estrategia generosa que le ha dado cabida a todos, por eso las tipologías en este campo son difíciles de sustentar, y a veces hasta de creer. En este famélico territorio nos apretujamos los metódicos con los caóticos; los que son voz con los que son eco; los radiantes con los atormentados; los de sensibilidad epidérmica con los que les da por visitar la demencia profunda; los expertos con los que se burlan a sus espaldas; los impíos atados a la irreverencia y al alcohol con los beatos que aburren con sus paraísos ambientales; los holistas que se pierden en el todo con los que tienen sus amasijos reduccionistas; los templados que critican al poder sin eufemismos y sin redes de protección con los gatos de Angora que instalan centros recreativos para pavonear sus inclinaciones pedagógicas. En fin, en la educación ambiental en México cabemos gente de toda laya y creo que debemos sentirnos orgullosos porque en este pequeño carnaval no hay monopolios, epicentros, moldes, ni tutores a los que debamos rendirles cuentas o siquiera tomarlos demasiado en serio.

Pero necesitamos un escrutinio más profundo, más esclarecedor de este endemoniado enredo cargado de posturas divergentes, no sólo para validar y afinar tipologías, sino para saber si en medio del barullo venimos edificando sobre tierra firme o estamos cerca, como diría el poeta colombiano León de Grieff de una activa virulencia inerte.

El campo de la educación ambiental, con su dispersión territorial y estratégica, posee una trayectoria más turbulenta que tumultuosa. Sin embargo, tiene en los proyectos impulsados en la modalidad no formal un reservorio sustantivo que ha impedido que la educación ambiental huelga demasiado a pizarrón o a *power point*.

Existe, por otro lado, la sensación de que la marejada de proyectos ha generado banalización en el campo, lo cual no se puede negar, y habría que intentar erradicarla. Pero se debe considerar que ésta a veces no es producto sólo de frivolidad teórica o de la comodidad práctica, el activismo trivial también puede ser una forma de esconderse de la zozobra y la incertidumbre. Es una respuesta periférica ante el miedo a lo profundo. Por eso, resulta indispensable combatir los proyectos banales acentuando más la formación crítica que la descalificación tajante, obviamente no entre los adultos marrulleros que juegan a la ingenuidad, sino entre los jóvenes que están dispuestos a colaborar, pero no tienen claras las opciones. No podemos exigirles, sin más, que sean profundos en sus intentos ambientalistas en una sociedad pueril que les castra la capacidad crítica pidiéndoles sean normales, que dejen las drogas y el alcohol para que mejor vayan de *shopping*.

El debilitamiento organizativo, la dispersión estratégica y la priorización del cambio social en el individuo y no en la comunidad, son otros de los varios ejes de reflexión que habría que discutir sobre esta estrategia de Tbilisi.

### 3.3. ESTRATEGIA 3: INSTITUCIONALIZACIÓN Y GENERACIÓN DE POLÍTICAS

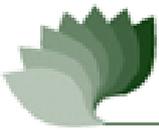
Con esta estrategia se ha buscado que la educación ambiental no se quede encerrada en lo más estrecha de sí misma y avance hacia la generación de instancias oficiales y la formalización de su presencia en los currículos de cada uno de los niveles y de todas las modalidades.

Me parece que en los últimos años se ha logrado, aunque todavía con timidez, ir pasando del desorden desbordado, es decir, del amasijo generoso de acciones sin brújula, a una orientación formal e institucionalizada.

Pero por encima de ello, la educación ambiental se ha legitimado y eso no es un logro menor, pero no puede seguir atrapada en su propio nicho, aun si éste fuera cómodo. Requiere ser una política pública; de lo contrario los resultados seguirán caminando en muletas.

Cabe destacar que las instituciones que han ido asumiendo la educación ambiental no son neutras, desde luego, y tienen sus propias maneras de interpretar la realidad, de nombrar y modelar los procesos y las intenciones. Cabe enfatizar lo anterior porque en ocasiones hay cierto discurso ingenuo que plantea que la institucionalización y las políticas públicas son inocuas, que implican trasladar lo que se hace en lo local a lo nacional, pasar de la precariedad a la solvencia financiera, de lo marginal a lo políticamente aceptable, pero es algo mucho más complejo en donde las buenas intenciones sólo son un elemento, pero no el determinante.

Encontrar los puntos intermedios que existen entre la flacidez organizativa de las iniciativas que no responden a una política pública y la rigidez y densidad estructural a la que se puede llegar con su institucionalización no es un reto sencillo.



### 3.4. LA CULTURA AMBIENTAL

El paso final es la cultura ambiental, que en este momento, después de 31 años de Tbilisi, es más deseo que realidad, o en términos estratégicos habría que decir que es más resistencia que despliegue.

Con ella se busca la ansiada integración entre sociedad y naturaleza. Plantea la necesidad de una cultura sustentada en la percepción de las innumerables voces y colores de la sociedad y de la naturaleza, que nos lleve a superar esa suicida terquedad por retar a los ecosistemas a que muestren qué hay más allá del límite.

En 31 años, los resultados son pobres. Si bien, para evitar caer en lamentaciones estériles, no debe despreciarse lo realizado hasta ahora, sí cabe señalar, en función de una realidad inobjetable, que en materia de cultura ambiental los avances están aún muy por debajo de lo necesario para cambiar el rumbo hacia la sustentabilidad.

Sin embargo, a pesar de los insuficientes alcances, en su trayectoria la educación ambiental ha contribuido a rechazar la utopía de la absoluta superioridad humana, es decir, ha colaborado a socializar ideas sobre el reconocimiento explícito de que existen poderosas leyes no humanas por encima de nosotros, que sólo somos seres contingentes frente a la vida; que a pesar de la soberbia casi genética no pasamos de ser, diría Jaime Sabines, un lento y amargo animal.

Sin embargo, por encima de hacer juicios categóricos resulta más importante y urgente sopesar el desafío mayor que tenemos por delante: construir y consolidar una cultura que se arraigue, y esto es lo importante, como una expresión práctica de las mayorías. Entonces, no se trata sólo, aunque sí hay que hacerlo, de pulir palabras y fraguar nuevos conceptos, sino de profundizar los testimonios y la congruencia. Pedir que seamos congruentes, no nos llama a la indecencia de ser perfectos; todo educador cuenta con rendijas por las que se le cuelan los antivalores, de hecho no es educador quien no conoce de inconsecuencias.

Resulta indispensable enfatizar, en este mismo sentido, que la educación ambiental no tiene ni tendrá su esencia fundamental en los principios epistemológicos y pedagógicos que la sostienen, sino en la manera en que la viven las y los educadores y sus interlocutores; es ahí donde está lo esencial de la congruencia.

"Bajo el hombre que piensa -nos dice Michaux- y a mucha más profundidad, está el hombre que maneja y que sabe manejarse". Si estamos de acuerdo con ello, la cultura ambiental no se agota en la renovación del pensamiento, sino que tiene que ir hasta la expresión congruente de la conducta, empezando por los propios educadores.

Por eso no creo que podamos lograrlo solos, requerimos de compartir la convicción vital de la educación en derechos humanos; de la inclinación al apostolado y el espíritu de pugilato de la educación popular; de la subversión activa y la perspicacia de la educación feminista; de la postura antiadocrinaria y la capacidad crítica de la educación ciudadana; de la paciencia sabia de la educación indígena. Sólo el esfuerzo conjunto y plural puede construir una cultura ambiental, si es que vemos a ésta como el territorio de los encuentros de las múltiples preocupaciones humanas.

## 4. CONCLUSIONES

31 años han pasado de Tbilisi, años que más que volar a ratos parece que se nos han hecho nudo. No es posible ni deseable, a menos que abracemos un positivismo majadero que exija definiciones tajantes, hablar de derrotas ni de victorias definitivas.

Tengo la convicción de que estamos aún lejos de escribir epitafios para la educación ambiental o de comenzar a guardar sus cenizas. Pero si ésta cancela la viabilidad de su futuro y abre la puerta del olvido, no será por bulimia teórica y discursiva o porque la realidad aplaste su vértigo de acción; más bien su futuro le será cancelado cuando deje de ser un asunto entrañable para una colectividad de necios. El mundo se tendrá que acostumbrar a contar con nosotros; especialmente si nos aferramos a recorrer esos senderos, unos antiguos y otros nuevos pero siempre palpitantes, donde está la gente que nos hace educadores.

Y con ello no estoy diciendo que el mundo se tendrá que acostumbrar a nuestros éxitos, sino a nuestra necesidad por defender los jirones de dignidad que nos quedan como sociedad, porque estamos llamados a ejercer una vasta terquedad por fabricar, sin aspavientos ni estridencias, un pedazo de futuro. Para eso necesitamos, diría Neruda, de esa cúpula loca de esperanzas y de esfuerzos.



Tengo esa sensación de que la educación ambiental, como toda corriente educativa, está en un permanente suspenso activo, esperando un giro que fortalezca su destino, una ráfaga de aire esclarecedor. Pero mientras tanto, confieso que con todo lo que de luz tiene y con todo lo que de espectro posee, no me atrevo a afirmar si la educación ambiental es un gigante que avanza lento o un enano que camina rápido; no sé si la teoría que hemos confeccionado es más un puente que nos lleva a lo que otros ya dijeron o si es tranvía conceptual que nos conduce hacia paisajes nuevos; no puedo asegurar si nuestra práctica es silvestre y muestra escasos músculos o está logrando, a fuerza de valentía y de un espíritu sudado, sacar clavos con las manos. Tampoco sé si la educación ambiental es como esos ríos descritos por Maqroll el Gaviero, entrañable personaje de Álvaro Mutis, de superficie serena y apacible, pero que en el fondo llevan corrientes descomunales de energía oculta.

Lo que sí puedo afirmar es que la educación ambiental está viva y, como tal, seguirá siendo más indagación que certeza, más travesía que puerto. Es decir, estamos en un campo que muestra vitalidad, con el afán y el ánimo de construir nuevas memorias, y eso debemos capitalizarlo de mejor manera, pues parafraseando a Hölderlin, sólo en lo vivo está lo más hondo.